

# **¿REVOLUCION PROLETARIA O QUERIDA CHUSMA?**

**SOCIALISMO Y ALESSANDRISMO EN LA PUGNA  
POR LA POLITIZACION DEL PUEBLO SALITRERO  
(1911-1932)**

Julio Pinto Vallejos--Verónica Valdivia Ortiz de Zárate  
Universidad de Santiago de Chile  
Mayo del 2000

*(Este trabajo forma parte del Proyecto Fondecyt N° 1980030, financiado por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, CONICYT, Chile. Se agradece muy especialmente la colaboración de Teresa Gatica, Pablo Artaza, Robinson Lira y Alberto Harambour).*

*A la memoria de Juan Panadés*  
*a quien tuvimos el privilegio de*  
*acompañar en su pasión por la historia*

*pampina*

## PROLOGO

Este estudio, como la obra combinada de sus autores, se ubica en la encrucijada entre la historia política y la historia social. Su objeto es explorar el proceso de politización de los sectores populares pampinos durante las primeras décadas del siglo XX, tras varias décadas en que su acción se había desarrollado preferentemente en el ámbito de la sociedad civil. Tomando distancia de una línea analítica que ha prevalecido entre quienes han estudiado este fenómeno, se ha procurado problematizar tanto el hecho mismo de la politización, que a nuestro juicio no surge por generación espontánea, como los sentidos que ésta adoptó. Así, se pone en cuestión la existencia de una especie de correlación necesaria entre el ascenso de la "conciencia de clase" y su expresión política, así como de un vínculo casi automático entre la vivencia obrera y la adscripción a propuestas de orientación revolucionaria o anti-sistema. En su lugar, se reconstruye la experiencia concreta de las personas que sí adoptaron dicha opción, y se procura escarbar en las motivaciones y afinidades que pudieron inducirlos en tal sentido. Al mismo tiempo, se establece una comparación con otras vías de politización (en este caso, el alessandrismo), que desde otro ángulo también se demostraron capaces de atraer una significativa adhesión popular, naturalmente que con resultados muy distintos. A través de ese ejercicio, creemos haber sido más fieles al rescate histórico de una identidad tan compleja como la pampina, así como más respetuosos del sentido esencialmente abierto y dinámico del protagonismo popular (o de cualquier protagonismo político-social).

En un primer capítulo de carácter introductorio, se plantea con cierto nivel de detalle el problema historiográfico que articula esta investigación, se definen las principales categorías de análisis, y se da cuenta de lo que la literatura ha adelantado al respecto. En un segundo capítulo se explora y caracteriza el surgimiento del socialismo como referente político inmediato, asentado en la propia región, para los sectores populares salitreros, analizando las formas en que ello se expresó e indagando en los factores que atrajeron al menos a algunas personas en esa dirección. A continuación, el capítulo tres realiza un examen similar para el caso del alessandrismo, teniendo sí presente que la inorganicidad de dicho movimiento, al menos en comparación con el socialismo, dificulta la realización de una comparación minuciosa entre uno y otro. Por último, las conclusiones sugieren algunas vertientes explicativas que podrían dar cuenta de la capacidad de penetración de ambas propuestas en el mundo popular tarapaqueño.

La investigación que respalda el análisis que aquí se expone, basada fundamentalmente en la revisión de fuentes primarias, emana de largos años de estudio de la historia salitrera, especialmente tarapaqueña, y puede considerarse como continuación de otros trabajos dedicados a la formación de la sociedad pampina y de las identidades populares que en ella tomaron cuerpo. En términos específicos, su realización se enmarcó dentro de un proyecto financiado por la Comisión Chilena para la Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT), con el apoyo adicional del Departamento de Investigaciones

Científicas y Tecnológicas de la Universidad de Santiago de Chile (DICYT), institución esta última bajo cuyo alero se llevó a cabo la investigación. Tanto en la recopilación documental como en su análisis y discusión intervino determinantemente un equipo conformado por los profesores Pablo Artaza Barrios, Teresa Gatica Pinto, Alberto Harambour Ross y Robinson Lira Castro, además de los autores firmantes. Sin esa permanente y enriquecedora interacción colectiva, no cabe duda que los resultados finales del trabajo habrían sido mucho más limitados. Vayan por tanto a ellos nuestros más sinceros agradecimientos.

También quisiéramos agradecer muy especialmente al personal y autoridades de la Biblioteca Nacional de Chile, así como del Archivo de la Intendencia de Tarapacá depositado en el Palacio Astoreca de Iquique, dependiente de la Universidad Arturo Prat. Sin su buena disposición y permanente colaboración, el acceso a los materiales que hicieron posible este trabajo habría sido infinitamente más lento y dificultoso.

Finalmente, y en un reconocimiento que apenas hace justicia a su destinatario, dedicamos estas páginas a nuestro querido colega y amigo Juan Panadés Vargas, demasiado prematuramente arrebatado de esa apasionante aventura de rescate de la historia pampina en la que nos precedió, a la que con su ejemplo nos inspiró, y en la que tuvimos el privilegio de acompañarlo durante algunas jornadas. Creemos que no hay mejor forma de recordarlo y homenajearlo que seguir avanzando por la senda a la que él consagró su vida como historiador.

Los autores.

## CAPITULO UNO

### LA CUESTION SOCIAL Y LAS VIAS ALTERNATIVAS DE POLITIZACION POPULAR

Las primeras décadas del siglo XX estuvieron marcadas, en Chile como en otras partes de América y el mundo, por el recrudecimiento de la denominada "cuestión social". En una de sus vertientes, este fenómeno consistió en la aparición, y correspondiente reconocimiento social, de una nueva forma de pobreza asociada a la vida urbana y a la consolidación de la producción capitalista. Más que de una pauperización absoluta de la existencia popular--aunque sobre esto se ha debatido intensamente--, de lo que se trató aquí fue de una **transformación** de las relaciones de dominación y de lo que podría denominarse la "experiencia de la pobreza", con todo lo que ello supuso en términos de alteración de equilibrios tradicionales (que no por tradicionales eran necesariamente más justos), y pérdida del sentido de orientación ante situaciones de expoliación, incertidumbre o adversidad. Puede que, cuantitativamente hablando, la nueva miseria urbana e industrial no haya sido peor que la antigua miseria campesina o peonal, pero sin duda que su misma novedad, así como la inexistencia de redes establecidas de solidaridad y protección, o de normas reconocidas para negociar los conflictos, contribuyeron a dotarla de un carácter particularmente angustiante. Hasta que los sectores más desestabilizados por los cambios no elaboraran nuevos mecanismos de defensa y una nueva carta de navegación social, era inevitable que los desajustes y contradicciones se ventilaran en un ambiente de pronunciada violencia, precisamente el tipo de violencia que hizo de lo social una "cuestión"--es decir, un dilema sobre la "capacidad para mantener la cohesión de una sociedad" que concitó la atención preferente de todas las partes involucradas, y particularmente de quienes estaban en el poder<sup>1</sup>.

Tal vez por eso mismo, una segunda dimensión de la cuestión social tuvo que ver con la irrupción de este tipo de problemas en el ámbito de lo político, es decir, aquél en el que se ventilan las grandes preocupaciones de una sociedad y se fijan los rumbos que ésta debe emprender (o, alternativamente, las posiciones que se desea mantener). Como en otros países aquejados por esta condición, en Chile esto significó ensanchar la discusión pública más allá de las fronteras institucionales, de "construcción nacional", o de separación entre lo civil y lo religioso (lo que el léxico decimonónico

---

<sup>1</sup>La literatura sobre la cuestión social es demasiado extensa y compleja como para siquiera comenzar a reseñarla aquí. La definición citada procede de la excelente síntesis, con proyecciones interpretativas y sistémicas de gran alcance, contenida en el libro de Robert Castel *Las metamorfosis de la cuestión social*, editado originalmente en francés (París, Librairie Arthème Fayard) en 1995. Algunas visiones más "clásicas" son las de Friedrich Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844*; Karl Polanyi, *La gran transformación. Los orígenes económicos y políticos de nuestro tiempo*, edición original inglesa, 1944; Barrington Moore Jr., *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, edición original inglesa, Boston, 1966; Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera inglesa*, edición original inglesa, Londres, 1963; Gareth Stedman Jones, *Outcast London*, Oxford, 1973.

bautizó como "luchas doctrinarias"), que hasta entonces habían delimitado lo fundamental del quehacer político. Ya fuese porque los propios actores sometidos a las nuevas condiciones de trabajo y pobreza politizaron sus demandas, o porque los sostenedores del sistema tradicional fueron reparando en la necesidad de hacerse cargo de un descontento que amenazaba el orden establecido y la unidad nacional, lo cierto fue que a medida que avanzaban las primeras décadas del siglo XX la cuestión social se fue reconfigurando como "cuestión política", motivo de fuertes enfrentamientos y fuente de erosión de los mecanismos de legitimación que se habían venido estructurando desde la Independencia. Planteado en esos términos, el debate resultante consumió una buena parte de las energías nacionales del siglo que comenzaba.

Establecida la problemática en ese terreno, antes de seguir adelante es necesario esclarecer qué se entenderá en este estudio por "politización", puesto que la cuestión social implicaba en sí misma, desde el momento en que aludía a una preocupación explicitada y públicamente debatida por los principales actores sociales, una instalación en lo político. Adoptando un marco más restringido, aquí se hablará de politización sólo para hacer referencia a cuatro fenómenos contenidos dentro del ámbito más amplio de la cuestión social: 1) una formulación **discursiva**, difundida desde distintos sectores sociales, sobre el lugar que le correspondía ocupar al pueblo trabajador dentro del conjunto del cuerpo social; 2) la articulación **orgánica** de las demandas populares a través de referentes creados o adaptados expresamente para tal propósito, incluyendo asociaciones de diverso tipo, partidos políticos y comicios electorales; 3) la elaboración de propuestas **programáticas** destinadas a levantar un diagnóstico y proponer soluciones para los principales males sociales; y 4) la reivindicación de un principio de **ciudadanía** popular, entendiendo por tal el derecho de los sectores obreros a participar en la discusión e implementación de aquellas decisiones que afectan a toda la sociedad, y por tanto a ellos mismos como parte de ella. En la medida que una propuesta o movimiento orientado hacia los trabajadores o nacido a partir de ellos mismos reúna esos cuatro componentes, podrá sostenerse que se está en presencia de una politización del mundo popular, al menos dentro de los márgenes aquí definidos.

En ese contexto, este trabajo parte de la premisa que la politización de la cuestión social chilena se canalizó principalmente a través de dos grandes vertientes. Por una parte estuvo la que algunos autores han definido como "rupturista" o revolucionaria, aun cuando en la práctica muchos de sus adherentes estuvieron dispuestos a operar dentro de la legalidad vigente, y a negociar sus demandas con un Estado o una clase patronal que su discurso solía representar como enemigos irreconciliables. Esta postura, surgida en Chile esencialmente desde los propios sectores populares (aunque reforzada doctrinariamente desde el extranjero), se fundaba en una visión clasista de la sociedad, en un llamado a que los pobres se convirtieran en sujetos de su propia emancipación, y en la exacerbación de la lucha de clases como condición necesaria para corregir los males sociales. Articulada en torno al anarquismo (que en Chile tuvo

un fuerte sesgo sindicalista) y al socialismo, ella se constituyó en precursora de una izquierda política cuyos rasgos fundamentales se mantuvieron reconocibles a lo menos hasta 1973, e incluso después<sup>2</sup>.

La otra vía de politización popular de la época fue la no rupturista o de conciliación social, que dentro de ciertos parámetros (discutidos más abajo) podría también denominarse "populista". Para ella, la división y la violencia social conformaban un mal pasajero, una disfuncionalidad del sistema que era indudablemente peligrosa, pero que se podía revertir. Sólo así, se pensaba, podía preservarse la unidad esencial de la nación, premisa sin la cual era imposible retomar el proyecto de civilización y progreso al que los fundadores de la República habían consagrado sus mejores energías, y cuyos éxitos iniciales habían quedado seriamente comprometidos por los desaciertos del Período Parlamentario. Identificable desde el cambio de siglo en grupos minoritarios a lo largo todo el espectro partidario "oficial", esta propuesta cristalizó más visiblemente después de la Primera Guerra Mundial, tanto en el alessandrismo del año 20, con su mensaje democratizador y de armonía social, como en el reformismo militar de la coyuntura 1924-1932, propulsor de un dirigismo estatista dinámico, incluyente y benefactor. A la postre, y formando un zigzagueante paralelo con la propuesta clasista aludida en el párrafo anterior, de la postura que aquí se plantea emanó el modelo de "Estado de compromiso" que caracterizó el conjunto del período 1932-1973<sup>3</sup>.

En lo que a este estudio respecta, lo que interesa señalar es que ya hacia las décadas de 1910 y 1920 estas dos visiones pugnaban por ganarse el apoyo de un mundo popular cada vez más movilizad, y cuya adhesión se insinuaba como el principal elemento de sustentación de lo que cada una pretendía conseguir. Tomando como marco de referencia dicha problemática, lo que se plantea específicamente es incursionar en la recepción que tales propuestas lograron suscitar entre los sectores populares convocados. Aunque el fenómeno en cuestión asumió una dimensión propiamente nacional, al menos en los medios más urbanizados o modernizados, para simplificar el objeto de estudio se ha optado

---

<sup>2</sup>Si bien es cierto que estas corrientes políticas reconocían un tronco común en el movimiento artesanal del siglo XIX, y particularmente en el Partido Democrático fundado en 1887, esta última colectividad no se ha incluido explícitamente en la categoría de "rupturista" por no tener una postura estrictamente clasista, ni plantearse en términos de subversión del orden social. Más bien, su programa se aproximaba en sus planteamientos esenciales a la segunda vertiente de politización popular definida en el texto: la que buscaba una convivencia armónica entre el capital y el trabajo. Ver al respecto Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago, 1991; Fernando Ortiz Letelier, *El movimiento obrero en Chile, 1891-1919*, Madrid, 1985; y Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, DIBAM, 1997, así como el estudio preliminar de su antología *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, Santiago, DIBAM, 1995.

<sup>3</sup>La noción de "Estado de compromiso", formulada por Francisco Weffort para dar cuenta de un orden legitimante desarrollado en Brasil entre 1930 y 1964 en torno a un discurso de unidad nacional, desarrollo económico y conciliación social, comúnmente catalogado como "populismo" (*O Populismo na Política Brasileira*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1978), ha sido aplicada a la experiencia chilena por Manuel Antonio Garretón, *El proceso político chileno*, Santiago, 1984; ver también Norbert Lechner, *La democracia en Chile*, Santiago, 1970. Para la etapa que aquí se analiza, cuando la posibilidad de co-optar la cuestión social recién se insinuaba en el horizonte político, la mejor caracterización de esta opción política sigue siendo el estudio de James O. Morris, *Las elites, los intelectuales y el consenso*, Santiago, INSORA, 1966; también resulta interesante a este respecto la *Génesis histórica del proceso político chileno*, de Enzo Faletto, Eduardo Ruiz y Hugo Zemelman, Santiago, Quimantú, 1971.

por centrar el análisis en las provincias salitreras (con énfasis preponderante en la de Tarapacá), escenario casi emblemático de la cuestión social a la vez que caja de resonancia para las primeras experiencias de politización obrera. Fue allí, como se recordará, donde se fundó el Partido Obrero Socialista (posteriormente Partido Comunista de Chile), y donde supuestamente se inició la carrera de Arturo Alessandri como político de masas (el "León de Tarapacá"). Fue allí también, como se demostrará en las páginas que siguen, donde la izquierda socialista constituyó uno de sus principales bastiones territoriales (no así, al menos no en igual medida, la izquierda anarquista), al tiempo que Alessandri cultivaba una de sus bases más fieles de apoyo político-electoral. Antes de abocarse a esa tarea, sin embargo, es conveniente caracterizar con mayor nivel de detalle lo que este trabajo entenderá como las dos propuestas en juego (a las que ha optado por denominar "socialista" y "alessandrista"), así como las principales interpretaciones que ellas han suscitado entre cientistas sociales e historiadores<sup>4</sup>.

Cuando se introdujo más arriba aquella vertiente de politización popular inicialmente definida como "rupturista", se hizo hincapié en su fuerte contenido de clase y su convicción de que la emancipación obrera sólo podía construirse a partir del sujeto popular mismo, liberado de vicios propios y sujeciones impuestas. La superación de los males presentes, se afirmaba, requería de un proceso de autoafirmación (una especie de "despertar", como se denominó el principal órgano de prensa socialista del norte salitrero), que reivindicara para las grandes mayorías desposeídas su dignidad humana esencial y su derecho a participar equitativamente de los frutos del trabajo social. Sólo así podría darse cumplimiento cabal a la promesa humanista contenida en el proyecto de la modernidad, tan flagrantemente desmentida por la realidad de barbarie y degradación en que se debatía la parte más numerosa del cuerpo social. Sin embargo, y haciendo propia una caracterización del capitalismo como un sistema irremediamente dicotómico, se postulaba que esta voluntad liberadora necesariamente provocaría la resistencia de aquéllos que sustentaban su poder en la explotación, la ignorancia y la miseria popular. De ahí el carácter conflictivo que por necesidad debía asumir cualquier intento de superación de la cuestión social, mitigado no obstante por la esperanza de que a la postre ello permitiría instalar un orden social más justo y genuinamente progresista.

Para la realización de este ambicioso programa, y considerando los muchos obstáculos que había que vencer, se postulaba como herramienta esencial la unión de los trabajadores y sectores desposeídos en general, ya fuese para la defensa de sus intereses más inmediatos, ya para la reivindicación de sus derechos ciudadanos o la implantación de un nuevo orden social. El desarrollo de esta voluntad de unión y lucha, sin embargo, presuponía una transformación interior de los sujetos populares, embrutecidos en su estado presente por el efecto acumulado del miedo, la impotencia y la miseria material y espiritual.

---

<sup>4</sup>Lo que sigue es una versión resumida de dos artículos publicados separadamente por los autores de este trabajo, y cuya realización corresponde a la etapa inicial del proyecto que concluye en esta monografía: Julio Pinto Vallejos, "Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista"; Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, "Yo, el León de Tarapacá. Arturo Alessandri Palma, 1915-1932"; ambos en *Historia* N° 32, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1999.



Sólo asumiendo ante sí mismos la plenitud de su dignidad humana, depositaria de derechos irrenunciables y capacitada para transformar creadoramente su entorno natural y social, podía emprenderse con alguna perspectiva de éxito la tarea de enfrentar a los de arriba y corregir los defectos de la sociedad. Los constructores de un nuevo orden debían comenzar por reconstruirse a sí mismos, a partir de una cultura ilustrada y humanista portadora de valores como la racionalidad, la laboriosidad, la justicia y el espíritu de superación. Y ya que esto no podía obtenerse de las instituciones existentes, eran los obreros mismos los que debían asumir su propia educación y el desarrollo de una sociabilidad más elevada y solidaria, que sirviera simultáneamente de ejemplo para sus compañeros de clase y de anticipo de la utopía que se aspiraba a levantar.

Así planteada en su expresión más elaborada y sistemática, esta propuesta concluía finalmente en un llamado a los sectores más afectados por la cuestión social a levantarse por sus propios medios y exigir de los poderosos lo que éstos no estaban dispuestos espontáneamente a dar. En el proceso, el pueblo obrero ilustrado se articularía como un verdadero apostolado que, liberándose a sí mismo, liberaría y humanizaría también, sólo que esta vez plenamente, al conjunto de la sociedad. Si ello implicaba, como todo lo hacía prever, una etapa inicial de enfrentamientos y desgarros, la responsabilidad recaía principalmente sobre las clases privilegiadas y la mala organización de la sociedad capitalista, pero aun así no se trataba de un precio demasiado alto si con ello se podía alcanzar la consumación del proyecto modernizador en su triple dimensión de libertad, justicia y progreso. Todo parto, se pensaba, implica una necesaria etapa de dolor, así como toda vida se nutre de la muerte anterior.

Las ideas esbozadas, una apretada síntesis de innumerables escritos y pronunciamientos de quienes sustentaban esta línea de pensamiento<sup>5</sup>, formaban el patrimonio común de lo que podría

---

<sup>5</sup>El exponente más sistemático de esta línea de pensamiento durante el período en estudio fue indudablemente Luis Emilio Recabarren, cuya obra política e intelectual ha sido motivo de numerosas antologías y estudios histórico-críticos. Dentro del primer rubro habría que mencionar tanto las recopilaciones impresas de sus escritos más extensos: *El pensamiento de Luis Emilio Recabarren*, 2 tomos, Santiago, Editorial Austral, 1971; *Obras Selectas de Luis Emilio Recabarren*, editadas por Jorge Barría, Julio César Jobet y Luis Vitale, Santiago, Quimantú, 1972; *Obras de Luis Emilio Recabarren*, compiladas por Digna Castañeda Fuentes, La Habana, Casa de las Américas, 1976; como la recopilación en cuatro volúmenes de sus *Escritos de Prensa*, editada por Ximena Cruzat y Eduardo Devés, Santiago, Nuestra América, 1985-1987. En cuanto a los estudios dedicados específicamente al pensamiento de Recabarren, deben mencionarse, en orden de aparición, Julio César Jobet, *Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos*, Santiago, Editorial Prensa Latino Americana, 1973; Alejandro Witker, *Los trabajos y los días de Recabarren*, La Habana, Casa de las Américas, 1977; Manuel Castro (Augusto Samaniego), "Recabarren: su legado", *Araucaria de Chile* N° 19, Madrid, 1982; Iván Ljubetic, *Don Reca*, Santiago, Instituto de Ciencias Alejandro Lipschutz, 1992; Miguel Silva, *Recabarren y el socialismo*, Santiago, 1992; Jaime Massardo, "La formation de l'imaginaire politique de Luis Emilio Recabarren", 2 vols., tesis doctoral inédita Université de Paris III La Sorbonne, 1994; Gabriel Salazar, "Luis Emilio Recabarren y el municipio en Chile (1900-1925)", *Revista de Sociología* N° 9, Santiago, Universidad de Chile, 1994; Francisco Domínguez, "El legado de Recabarren: una evaluación crítica", ponencia leída ante la Reunión de 1995 del Latin American Studies Association, Washington D.C., 1995; Alberto Harambour Ross, "Luis Emilio Recabarren: ¿Evolución o revolución socialista?", Santiago, manuscrito inédito, 1997. Trascendiendo el aporte personal de Recabarren, Eduardo Devés y Carlos Díaz han reunido escritos de diversos militantes socialistas, y también algunos anarquistas del período temprano, en *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, Santiago, Ediciones Documentas, 1987. También resulta útil para la etapa inicial la antología de Sergio Grez Toso *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, op. cit. Lamentablemente, no existe una publicación actualizada de escritos anarquistas, salvo tal vez las memorias de Alejandro Escobar y Carvallo publicadas entre los números 119 y 123 de la revista *Occidente*, Santiago, 1959-1960. Para un análisis interpretativo del pensamiento obrero más allá de Recabarren, ver los trabajos de Eduardo Devés, "La visión de mundo del movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907", tomo II de Eduardo Devés y Ximena Cruzat, *El*

denominarse la izquierda política de comienzos del siglo XX, incluyendo diversas expresiones anarquistas, sindicalistas y socialistas que tras la crisis de 1930 convergerían en los dos grandes partidos históricos del sector: el Partido Socialista y el Partido Comunista. En su momento, los sectores dominantes que asistieron al despuntar de este fenómeno tendieron a atribuirlo, en un registro muy socorrido en todos los países aquejados por la cuestión social, a la acción de agitadores ajenos a la clase obrera, extranjeros incluso, que se aprovechaban de la ingenuidad popular para obtener beneficios personales (por ejemplo, vivir a costa de erogaciones sindicales o partidistas) y subvertir el orden social, quebrantando la unidad esencial de la nación. Los propios interpelados, por su parte, retrucaban que "no es la obra de agitadores extranjeros, no es la obra de importación reciente de ideas la que ha venido a hacer surgir en el país, en el corazón de la raza chilena, genuinamente chilena, ideales de revolución social... Nosotros hemos visto la miseria de los trabajadores, y la opresión brutal a que son sometidos, y esto es lo que ha desarrollado su capacidad y los ha hecho decir: ¿Esta es la vida? ¿Para esto vivimos? ¿Para vivir esclavos eternamente?"<sup>6</sup>.

Siguiendo una lógica análoga, aunque con un sesgo levemente más determinista, los historiadores que adscribieron en años posteriores a la izquierda política plantearon que la formación del Partido Obrero Socialista, y su posterior reconversión en Partido Comunista de Chile, venían a ser algo así como la culminación natural de un despertar obrero que había recorrido metódicamente las etapas previas de la constitución como clase, el socorro mutuo y la lucha reivindicativa. La obra de estos autores compartió una visión del período muy bien representada por el concepto de "etapa heroica" formulado por Jorge Barría, en la que la formación de la izquierda marcaba un estadio superior en la toma de conciencia por parte del naciente proletariado<sup>7</sup>. Es verdad que tales interpretaciones no siempre hacían justicia a la acción paralela de las organizaciones e ideas anarquistas, cuya proyección "estrictamente" política se veía opacada por su rechazo a organizarse en partidos, participar en elecciones o dialogar con el Estado. Este sesgo, del que en todo caso habría que eximir a historiadores como Luis Vitale o incluso Julio César Jobet,

---

*movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907*, Documento CLACSO, tres tomos, Santiago, 1981; y "La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico", *Mapocho* N° 30, Santiago, DIBAM, 1991. Para el caso anarquista, Claudio Rolle Cruz, "Anarquismo en Chile, 1897-1907", tesis inédita de licenciatura en historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1985. Por último, la caracterización presentada en este trabajo se basa en una lectura personal a lo largo de varios años de diversos órganos de la prensa popular de la época, incluyendo especialmente la prensa demócrata y socialista del Norte Grande (*El Pueblo*, *El Pueblo Obrero*, *El Grito Popular* y *El Despertar de los Trabajadores* de Iquique); alguna prensa anarquista de Tarapacá para el período 1903-1907; *El Socialista* de Valparaíso, 1915-1918, y *La Federación Obrera de Chile* de Santiago, entre 1921 y 1924. Ver también el artículo de Pierre Vayssière, "Militantisme e messianisme ouvriers au Chili a travers la presse de la Pampa nitrière (1900-1930)", *Caravelle* N° 46, Toulouse, 1986.

<sup>6</sup>Discurso de Luis Emilio Recabarren ante la Cámara de Diputados, sesión ordinaria de 15 de julio de 1921.

<sup>7</sup>Los principales exponentes de esta línea de argumentación fueron Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, Santiago, Austral, 1965; Jorge Barría Serón, *El movimiento obrero en Chile*, Santiago, UTE, 1961; y Fernando Ortiz Letelier, *El movimiento obrero en Chile, 1891-1919*, Madrid, Michay, 1985. Más matizada, pero coincidente en lo esencial (considerar a la conciencia política como la etapa superior en la formación como clase), es la posición de Julio César Jobet, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago, 1955, y su obra ya citada *Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y del socialismo*; y Luis Vitale, *Interpretación marxista de la Historia de Chile*, vol. V, Santiago, LOM, s/f, especialmente las páginas 124-127.

ha sido posteriormente contrarrestado por una serie de estudios que han permitido reconocer y documentar la presencia anarquista en la constitución del movimiento obrero organizado, aunque en algunos casos, como el del autor estadounidense Peter De Shazo, sólo para insistir en el papel secundario de la motivación política en las acciones populares del período<sup>8</sup>. En términos generales, sin embargo, lo que aquí interesa rescatar es esta visión de la politización autónoma y contestataria del mundo obrero como un desenlace hasta cierto punto "natural" del desarrollo de las clases sociales dentro del sistema capitalista, y por tanto como algo que en sí mismo no requeriría mayor explicación.

Podría pensarse que la producción historiográfica más reciente dedicada al mundo popular, menos apegada a la ortodoxia marxista-leninista, debería haber tomado alguna distancia respecto de ese diagnóstico, problematizando la "naturalidad" del proceso y abandonando la noción de etapas "necesarias" en la evolución política o social de una clase. Hasta cierto punto ello ha sido así: la nueva "historiografía popular" desarrollada a partir de la década de 1980 ha tendido a alejarse de las expresiones más políticas de su sujeto de estudio, considerando que la generación de Jobet, Barría y Ramírez Necochea le había asignado demasiada prominencia a lo organizativo, doctrinario o institucional, en detrimento de lo cotidiano, lo inorgánico, lo identitario, lo marginal o lo "propriadamente" social. Una consecuencia de este cambio de énfasis ha sido un cierto desdibujamiento del período de la cuestión social como objeto preferente de estudio, tal vez precisamente por la centralidad que en él parecieron adquirir las manifestaciones políticas. Aun así, las veces que los integrantes de esta generación se han ocupado del tema, la tendencia ha sido a reconocer la relevancia del fenómeno, aunque matizando su incidencia en cuanto a representatividad o impacto real sobre la masa del pueblo<sup>9</sup>. Sigue en gran medida pendiente, sin embargo, una constatación más pormenorizada y empíricamente respaldada de la pregunta que subyace tácitamente a ese debate: ¿hasta qué punto fue la politización "rupturista" o "autónoma" un factor

---

<sup>8</sup>Peter De Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, U. of Wisconsin, 1983; Michael Monteón, *Chile in the Nitrate Era*, ; Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, edición original inglesa, Oxford, 1972; Eduardo Míguez y Alvaro Vivanco, "El anarquismo y el origen del movimiento obrero chileno", *Andes* N° 6, Santiago, IEC, 1987; Héctor Fuentes Mancilla, "El anarcosindicalismo en la formación del movimiento obrero. Santiago y Valparaíso 1901-1907", tesis inédita de maestría en historia, Universidad de Santiago de Chile, 1992; y la tesis de licenciatura ya citada de Claudio Rolle Cruz, "Anarquismo en Chile, 1897-1907"; Gustavo Ortiz y Paulo Slachevsky, "Un grito de libertad. La prensa anarquista a principios de siglo en Chile, 1887-1907", memoria de título inédita, Escuela de Periodismo, Universidad de Chile, 1991; Jaime Sanhueza, "Anarcosindicalismo y anarquismo en Chile. La Confederación General de Trabajadores (1931-1938)", tesis inédita de licenciatura, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1994.

<sup>9</sup>Ello puede advertirse en los trabajos de Gabriel Salazar, principal exponente de esta nueva corriente historiográfica, dedicados específicamente al período: "Crisis en la altura, transición en la profundidad: la época de Balmaceda y el movimiento popular", en Luis Ortega (ed.), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, USACH, 1991; o el ya citado "Luis Emilio Recabarren y el municipio en Chile (1900-1925)". Ver también Mario Garcés Durán, *Crisis social y motines populares en el 1900*, op. cit.; Vicente Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, Santiago, SUR, 1988; Eduardo Devés, "La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario", op. cit.; Julio Pinto Vallejos, "¿Cuestión social o cuestión política? La lenta politización de la sociedad popular tarapaqueña hacia el fin de siglo (1889-1900)", en *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, Santiago, USACH, 1998; María Angélica Illanes, "Lápiz versus fusil. Las claves del advenimiento del nuevo siglo. Santiago-Iquique, 1900-1907", Julio Pinto Vallejos, "El anarquismo tarapaqueño y la huelga de 1907: ¿Apóstoles o líderes?", y Sergio Grez Toso, "1890-1907: De una huelga general a otra. Continuidades y rupturas del movimiento popular en Chile", estos últimos tres en Pablo Artaza y otros, *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, LOM-DIBAM, 1998.

significativo en la historia popular de la época, y qué fue específicamente lo que atrajo en esa dirección a los hombres y mujeres, pocos o muchos, que tomaron la decisión concreta de engrosar las filas socialistas, anarquistas o sindicalistas? Aquella es, como se dijo, una de las preguntas centrales que justifican la realización de este estudio.

Pero como también se indicó anteriormente, existió una segunda vía de politización popular que, con fines y métodos muy distintos, se propuso igualmente enfrentar la problemática obrera, y lo hizo con resultados al parecer bastante exitosos en materia de convocatoria y adhesión. Ya desde la década de 1880 algunos observadores particularmente perspicaces de la elite comenzaron a advertir sobre los peligros que podía encarnar para el orden vigente el estallido de la cuestión social, pese a que su existencia en el país siguió siendo negada por la mayoría de sus congéneres hasta que la violencia de sus manifestaciones, particularmente con motivo de las grandes huelgas y matanzas obreras de la década de 1900, la hizo imposible de disimular<sup>10</sup>. El nacimiento en 1887 del Partido Demócrata, a partir de una escisión del antiguo Partido Radical, marcó hasta cierto punto el reconocimiento explícito por parte de los elementos más progresistas de esa elite de la necesidad de acercarse al mundo obrero, y reincorporarlo con plenitud de derechos al cuerpo social<sup>11</sup>. Otro tanto indicó la creciente preocupación de partidos como el balmacedista, el conservador o el propio Partido Radical por allegar a sus filas al electorado obrero, o introducir en sus plataformas una serie de fórmulas que traslucían una mayor sensibilidad social<sup>12</sup>. Así, durante la década de 1890, un liberal como Arturo Alessandri, un conservador como Juan Enrique Concha Subercaseaux, o un radical como Valentín Letelier, podían dar a luz sendos escritos referidos a los

---

<sup>10</sup>Un texto señero en este sentido fue la serie de artículos publicados en 1884 por Augusto Orrego Luco en *La Patria* de Valparaíso, bajo la denominación de "La cuestión social", reproducido en Sergio Grez, *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores*, op. cit. Esta completa antología recoge la mayoría de los escritos relativos al tema de la cuestión social publicados hasta 1902.

<sup>11</sup>La formación del Partido Demócrata ha sido tratada en profundidad por Sergio Grez, *De la regeneración del pueblo a la huelga general*, op. cit., cap. 18. Reconociendo el aporte a dicha iniciativa de elementos venidos del radicalismo, este autor sin embargo se detiene con más énfasis en su continuidad con el movimiento de sociabilidad artesanal y lo que él denomina "liberalismo popular", que venía desarrollándose desde las primeras décadas del período republicano. Julio Heise, en cambio, en su obra *Historia de Chile. El Período Parlamentario 1861-1925*, vol. II, Santiago, 1982, p. 282, califica a los demócratas de "partido burgués", tanto por la extracción social de la mayoría de sus dirigentes como por el legalismo y arribismo que, a su parecer, caracterizaron su accionar. René Millar tiende a concordar con este último diagnóstico, pero mirando más bien a la identificación del partido con el régimen parlamentario, "El parlamentarismo chileno y su crisis, 1891-1924", en Oscar Godoy (ed.), *Cambio de régimen político*, Santiago, Santiago, 1992, p. 272. Desde la tribuna opuesta, Hernán Ramírez Necochea también le niega al Partido Demócrata la condición de partido obrero, aunque reconoce "la calidad de trabajadores que ostentaron muchos dirigentes y el contenido avanzado de su programa", *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, siglo XIX*, Santiago, 1956, ps. 215-216.

<sup>12</sup>Este tema ha sido tratado en mi artículo "¿Cuestión social o cuestión política?...", op. cit., y en Julio Heise, *Historia de Chile. El Período Parlamentario*, vol. II, p. 547; y Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, vol. I, tomo II, Santiago, 1981, ps. 578-579. Ver también James Morris, *Las elites, los intelectuales y el consenso*, op. cit., y, en relación específica a la penetración de la doctrina social de la Iglesia (con gran influencia en la postura del Partido Conservador), Patricio Valdivieso, "Cuestión social y doctrina social de la Iglesia en Chile (1880-1920): Ensayo histórico sobre el estado de la investigación", *Historia* N° 32, Santiago, PUC, 1999.

problemas sociales. Ya entrado el nuevo siglo, y en la misma medida que las luchas obreras comenzaron a arreciar, se hicieron presentes en el Parlamento, a menudo impulsados por los flamantes diputados demócratas, los primeros y tímidos intentos por producir alguna legislación social<sup>13</sup>. Es verdad que estas voces y voluntades premonitorias siguieron siendo por muchos años una clara minoría, y que a menudo el interés partidista por atraer votantes obreros obedecía más a consideraciones de oportunismo político (la libertad electoral obtenida en 1891 hacía de la masa proletaria un objetivo altamente atractivo), que a un interés genuino por mejorar la existencia popular<sup>14</sup>. A la postre, sin embargo, ellas ofrecían una solución mucho más sensata (y efectiva) a la amenaza de un quiebre social, que la represión o la indiferencia con que el mundo dirigente respondió inicialmente a la movilización popular.

Fue así como, en el contexto de agudización extrema de los conflictos que se produjo en todas partes tras el término de la Primera Guerra Mundial, uno de los exponentes más tempranos (aunque ciertamente no el más consistente) de esta aproximación al tema, el caudillo liberal Arturo Alessandri Palma, hizo de tal estrategia uno de los fundamentos de su estilo de acción política y de su futuro programa presidencial. Ya a fines de 1907, y reaccionando críticamente ante la reciente matanza de la Escuela Santa María de Iquique, un todavía bastante convencional diputado Alessandri había señalado lo siguiente:

Querer contener al pueblo por medio de la violencia, es como poner atajo a un río: las aguas se detendrán por de pronto ante el obstáculo, pero luego crecerán, rebasarán el obstáculo y por fin, con ímpetu avasallador, saltarán por sobre él y seguirán su camino arrastrándolo consigo. Los movimientos populares hay que combatirlos yendo al origen del mal y dictando leyes que rijan las relaciones entre el capital y el trabajo, de manera que estas dos fuerzas se equilibren o que marchen paralelamente sin chocarse y en forma armónica. Es necesario enseñar al pueblo, ilustrándolo, dándole la conciencia de sus deberes y de sus derechos.<sup>15</sup>

La victoria electoral de 1920, en efecto, convirtió en política de Estado la noción según la cual la reconciliación entre patronos y obreros, entre ricos y pobres, constituía la única vía efectiva para evitar una revolución, a la vez que un requisito indispensable para recohesionar a todas las clases sociales en torno a un proyecto compartido de desarrollo nacional. Ratificado en su convicción sobre la importancia del pueblo como factor de apoyo electoral tras los comicios senatoriales de 1915, y los presidenciales de 1920, una vez instalado en la Presidencia de la República Alessandri intentó desplegar un programa que apuntaba simultáneamente a la consolidación de la ciudadanía popular, la creación de un marco legal que regulara las relaciones entre capital y trabajo, y la transformación del Estado en agente protector de los más

---

<sup>13</sup>James Morris, *op. cit.*

<sup>14</sup>El principal exponente de esta tesis es Julio Heise, *op. cit.*,

<sup>15</sup>Cámara de Diputados, sesión extraordinaria de 2 de enero de 1908, citado en Verónica Valdivia, "Yo, el León de Tarapacá", *op. cit.*, p. 510. Como se argumenta en ese trabajo, la intervención de Alessandri condenando la represión de la Escuela Santa María se produjo en un momento en que los problemas sociales no formaban parte de su acción política concreta. Sin embargo, ella revela la claridad que al respecto ya existía en su pensamiento. Para una interpretación levemente distinta ver Nicolás Cruz, "Arturo Alessandri: 1891-1918. El nacimiento de un líder político", en Claudio Orrego (ed.), *7 ensayos sobre Arturo Alessandri Palma*, Santiago, ICHEH, 1979.

desvalidos, todo ello en una lógica de canalizar el conjunto de las energías sociales hacia el desarrollo armónico de la nación<sup>16</sup>. Actuando desde el poder, el reformador mandatario y sus seguidores procuraban restaurar un contrato social bastante maltrecho por la miseria, la agitación popular y la represión oficial, protegiendo lo esencial del orden establecido mediante su apertura controlada hacia un cambio que a la sazón avanzaba, al parecer incontrolablemente, por todo el mundo. En tal propósito, y pese a la posibilidad de alcanzar coyunturalmente algunos acuerdos tácticos frente a las fuerzas más reaccionarias, era evidente que el proyecto alessandrista disputaba el mismo terreno político-social que la izquierda obrera y revolucionaria aspiraba a ocupar.

Los analistas de esta etapa en la carrera de Arturo Alessandri se ha interrogado a menudo si resulta apropiado aplicarle la etiqueta de "populista". Como se sabe, esta categoría se formuló desde la sociología, a fines de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, para dar cuenta de una serie de movimientos y regímenes surgidos en diversos países de América Latina más o menos a partir de la misma época que aquí se analiza, y que parecían exhibir importantes rasgos en común. Aunque la diversidad de situaciones agrupadas dentro del concepto y la ausencia de una base programática formalmente compartida han dificultado la elaboración de una taxología rigurosa, podría decirse que las experiencias populistas han surgido siempre de una crisis de hegemonía provocada por procesos de modernización, precisamente lo que aquí se ha denominado "cuestión social". Su objetivo fundamental, en esta lectura, habría sido el de actuar como herramienta no revolucionaria de re-legitimación, modificando controladamente diversos aspectos del orden social para evitar su ruptura violenta. Entre sus principales planteamientos se podría incluir la búsqueda de la armonía social mediante la inclusión de los sectores descontentos o marginalizados, por lo general en torno a un principio corporativo o una convocatoria nacionalista; la constitución del Estado como agente regulador y conductor, situado al menos nominalmente por encima de los conflictos sociales; y un estilo político basado en la movilización emotiva y carismática de las masas, en comunión con un liderazgo no institucionalizado. La literatura ha debatido bastante sobre el carácter social del populismo, calificándolo en algunos casos como expresión de una alianza entre elites desplazadas, clases medias y "masas disponibles" en contra de un orden tradicional; en otras como mero recurso adaptativo de dicho orden para neutralizar el descontento popular. En lo que sí existe coincidencia es en su oposición a una visión clasista o estrictamente individualista de la sociedad, y en su consiguiente antagonismo tanto respecto de la izquierda socialista/anarquista como del liberalismo clásico<sup>17</sup>.

---

<sup>16</sup>Esto es lo esencial de la tesis desarrollada en el artículo de Verónica Valdivia "Yo, el León de Tarapacá...", *op. cit.* Ver también sobre el ascenso de Alessandri como líder popular a Gonzalo Vial, *op. cit.*, vol. III, Santiago, 1986; Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago, 1986, tercera parte; René Millar, *La elección presidencial de 1920*, Santiago, 1981; y Claudio Orrego (ed.), *7 Ensayos sobre Arturo Alessandri Palma, op. cit.*, especialmente los trabajos de Sol Serrano y Virginia Krzeminski. Ver también Ricardo Donoso, *Alessandri, agitador y demoleedor*, 2 vols., México y Buenos Aires, 1952; y Augusto Iglesias, *Alessandri, una etapa de la democracia en América*, Santiago, 1960.

<sup>17</sup>La literatura referida al populismo latinoamericano es nutrida y extensa, no siendo éste el lugar indicado para ofrecer una nómina exhaustiva. Una buena síntesis de sus expresiones iniciales es la antología de Gino Germani, Torcuato di Tella y Octávio Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*, México, 1973. Otros textos que

En algunos de los aspectos mencionados, como la búsqueda de la armonía social, la visión del Estado como árbitro supremo y el recurso ocasional a la movilización controlada del pueblo, el alessandriismo de los años veinte parecería estar bastante cerca del modelo. En otras, como el respeto a la institucionalidad liberal y a una noción de ciudadanía expresada fundamentalmente a través de los partidos políticos y las elecciones, la analogía resulta mucho más discutible<sup>18</sup>. En general, la historiografía de izquierda no ha tenido mayores problemas en catalogar a Alessandri como populista, en tanto que las visiones más apegadas al pensamiento liberal, aun reconociendo el estilo caudillesco y la efectividad del apoyo popular, así como el impacto en sus orígenes de la crisis sistémica en curso, se han mostrado algo más reacios a aplicar dicha categoría. También ha existido algún debate sobre el carácter social del alessandriismo del año veinte, sosteniendo algunos que éste expresaría una rebelión de las clases medias, apoyadas por el pueblo, en contra de la oligarquía tradicional, mientras que otros se inclinan más bien a mirarlo como un recurso co-optativo de esa misma oligarquía para mantenerse en el poder<sup>19</sup>. No es necesario para los efectos de este estudio interiorizarse en esa discusión, pero lo que sí resulta indiscutible es la oposición del alessandriismo, populista o no, al tipo de convocatoria proveniente desde la izquierda obrera, inspirada en la supremacía del factor clasista y en la necesidad de subvertir el orden establecido. Es en ese terreno, el de la disputa por la adhesión popular, donde alessandriismo y socialismo se levantaron efectivamente como proyectos en rivalidad.

En ese contexto, el análisis que se desarrolla a continuación pretende explorar el éxito obtenido por una y otra fórmula de politización popular en un ámbito específicamente delimitado, como lo fueron las provincias salitreras, en especial la de Tarapacá. Ya se ha dicho que éstas resultaron ser un terreno muy fértil para la prédica y la organización socialista, pero también lo fueron para el surgimiento de

---

aspiran a una caracterización más teórica y de alcance verdaderamente continental son Octávio Ianni, *La formación del Estado populista en América Latina*, México, 1975; Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, México, 1978; Michael Conniff (ed.), *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, U. of New Mexico, 1982; Alain Touraine, *América Latina: política y sociedad*, Madrid, 1989; Rüdiger Dornbusch y Sebastián Edwards, *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago, 1991; María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone (eds.), *Populismo y neopopulismo en América Latina*, Buenos Aires, 1988; Michael Conniff (ed.), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa, U. of Alabama, 1999. Algunos artículos recientes con aportes interesantes sobre el tema son Eduardo Valenzuela, "La experiencia nacional-popular", *Proposiciones* N° 20, Santiago, SUR, 1991; Alan Knight, "Populism and Neo-Populism in Latin America, especially Mexico", *Journal of Latin American Studies* N° 30, Londres, 1998.

<sup>18</sup>En general ha habido bastante reticencia a aplicar a Chile un modelo de populismo elaborado en lo esencial a partir de la experiencia argentina, brasileña, peruana o mexicana, sobre todo por la solidez que aquí demostró (al menos hasta 1973, y pese a una significativa interrupción a fines de los años veinte), el sistema de partidos y la institucionalidad liberal, así como la movilización aparentemente "racional" o instrumental de los actores políticos. Una notable excepción fue Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932-1952*, Urbana, U. of Illinois, 1978. Ultimamente, sin embargo, incluso este autor ha reconsiderado dicha posición; ver su artículo "Chile's Populism Reconsidered, 1920's-1990's", en Michael Conniff (ed.), *Populism in Latin America*, *op. cit.*

<sup>19</sup>Esta última visión es más común en autores marxistas como Jobet, Vitale o Ramírez Necochea, quienes suelen aplicar al alessandriismo de los años veinte el concepto de "bonapartismo" o "cesarismo". La adscripción de Alessandri a una posición contra-hegemónica encabezada por las clases medias es planteada con más fuerza en los trabajos de Gonzalo Vial, los siete ensayos editados por Claudio Orrego, o la obra colectiva de Mariana Aylwin y otros *Chile en el siglo XX*, Santiago, Editorial Emisión, sin fecha de publicación.

Alessandri como caudillo popular y su posterior consolidación como reformador social. En consecuencia, lo que se hará en las páginas que siguen es observar una serie de indicadores que permiten establecer con mayor precisión el carácter de este apoyo en uno y otro caso, y a la vez dilucidar si hubo algún factor perceptible que inclinara a los actores populares en una u otra dirección. Los indicadores seleccionados son principalmente los siguientes: el comportamiento electoral; la caracterización social de la militancia; la participación en manifestaciones y acciones públicas; y la concurrencia a los espacios simbólicos y de sociabilidad generados por ambos bandos. Aunque no siempre resulta fácil correlacionar estas señales con la extracción social específica de sus portadores, sobre todo en términos cuantitativos, la información cualitativa que se ha podido reunir es lo suficientemente expresiva como para intentar una radiografía de las preferencias populares, y a partir de allí sugerir hipótesis explicativas de las eventuales diferencias: ¿Puede asimilarse, como lo han planteado ciertos autores, la politización "clasista" al elemento propiamente proletario, mientras que la "masa popular" pre-moderna o indiferenciada habría sido más permeable a la seducción alessandrista?<sup>20</sup> ¿O reprodujo más bien esta dicotomía la divisoria clásica entre puertos "civilizados" y pampa "bárbara", postulada más de alguna vez para etapas más tempranas de la historia salitrera?<sup>21</sup> Esta es precisamente la tarea a la que se abocará el análisis que se desarrolla continuación.

Una última palabra de precaución antes de adentrarse en ese territorio, dice relación con la aparente exclusión del anarquismo como componente de la propuesta aquí denominada rupturista o revolucionaria. Como ya se ha adelantado algunos párrafos más arriba, no se pretende desconocer, como en su momento lo hizo alguna historiografía de izquierda, ni la orientación esencialmente clasista del anarquismo ni su indesmentible arraigo entre la masa popular--al menos durante el período en cuestión. Por tanto, si este estudio ha optado por privilegiar el referente socialista ello se debe sólo a un criterio de simplificación metodológica y al hecho de que, en las regiones salitreras, el anarquismo tuvo una figuración comparativamente menor. En todo caso, cuando resulte pertinente (por ejemplo, para los años 1919-1924) se harán las referencias necesarias a la penetración y arraigo del anarquismo como una opción también alternativa al alessandrista, y en esa virtud asimilable al socialismo como fórmula de politización popular. A final de cuentas, lo que se quiere discernir son los factores y criterios que inclinaron a algunos de estos actores hacia un proyecto centrado en el papel redentor de la clase, mientras que otros prefirieron seguirse cobijando bajo el alero más conocido del Estado y la nación.

---

<sup>20</sup>Esa es, por cierto, la posición de la historiografía de izquierda, pero también la comparte, con ciertos matices, un autor conservador como Gonzalo Vial, *op. cit.*, vol. III, ps. 174-178.

<sup>21</sup>Esta figura es explorada con bastante detención en Julio Pinto V., *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera, op. cit.*